... Asignatura Historia de la filosofía antigua y medieval. Título, Iluminismo y abstraccionismo en el siglo XIII. Número AM018. Autor, Ramón Pajares Bosch. Día de misión, 8 de abril de 1980. En el siglo XIII se producen dos hechos fundamentales que provocan un giro en la situación filosófica del occidente cristiano. Estos dos hechos son el redescubrimiento de Aristóteles y la creación de las universidades. Aristóteles ya era conocido en alguna de sus obras lógicas desde el siglo XII e indirectamente a través de Boetius, y de Porfirio.

El conocimiento de estas obras alimenta toda la polémica de los universales. Pero al principio del siglo XIII, por obra de las traducciones toledanas, se incorpora de nuevo a la labor de los filósofos lo principal de la obra aristotélica, es decir, el resto de su obra lógica y sus tratados físicos y metafísicos. A este redescubrimiento de Aristóteles lo acompañan toda una serie de tratados y comentarios de filósofos árabes y judíos, entre los que destacan los escritos de Abicena y Averroes. Las universidades se crean al comienzo del siglo XIII como reunión de las escuelas monacales y catedralicias. La Universidad de París, si bien no fue la primera, fue la más influyente de la época. Sus cuatro facultades, Medicina, Derecho, Teología y Artes, es decir, esta última filosofía y letras de hoy, suponen un foro común para la discusión doctrinal que se ve acelerada por la proximidad con que los diferentes maestros y escuelas se encuentran reunidos, con el consiguiente, enriquecimiento que ello produce.

contexto la recepción de Aristóteles no fue fulgurante ni apasionada y sólo a partir de la mitad del siglo su influencia se haya asentada en las universidades y en el pensamiento de los teólogos. Ahora bien, esta influencia no es homogénea y en ella podemos distinguir tres escuelas o corrientes, la agustiniana, la verroísta y la tomista. La corriente agustiniana está representada sobre todo por los pensadores franciscanos que quedan ateridos en mayor grado a las concepciones doctrinales hasta entonces hegemónicas dominadas por la herencia de San Agustín. En ella, al lado de los ingredientes de reigambre neoplatónica, introducen elementos aristotélicos que no estaban en San Agustín, como el elemorfismo universal con pluralidad de formas en todos los seres creados y el entendimiento agente para el conocimiento sensible. Otra corriente es la aristotélica pura o averroísta, del nombre del comentador árabe que mejor interpretará el pensamiento de Aristóteles. Esta corriente afirmaba cosas tales como la eternidad del mundo, la mortalidad del alma, la doctrina de la doble verdad y que la entendía.

La última corriente es la corriente de síntesis efectuada por los maestros dominicos San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Acepta cuanto puede de Aristóteles sin poner en peligro la dogmática cristiana. Hacen de su concepción del ser y de la sustancia el núcleo de su intento de comprensión racional de la revelación, aunque para ello deban conservar elementos neoplatónicos. Estas tres corrientes mantienen controversias y discusiones entre sí sobre puntos concretos en que la autoridad de Aristóteles y la revelación no resultaba fácil de hacer coincidir. Tras las condenas y el acallamiento de los averroistas, la discusión se mantiene entre agustinistas y tomistas, fundamentalmente representados por franciscanos y dominicos respectivamente. Vamos a fijarnos en la contraposición que mantienen sobre un tema concreto, el tema de la adquisición del conocimiento y en particular del conocimiento de la humanidad.

conocimiento intelectual. La importancia del tema en la época era grande porque la existencia de objetos intelectuales y la evidencia de su conocimiento era una garantía de trascender lo meramente material. Ello implicaba, en conexión con la solución que se diera al problema de los universales, poder llegar a tener noticia de la existencia de Dios, bien porque fuera evidente, bien porque fuera demostrable. Secundariamente, el problema del conocimiento de lo intelectual también implicaba el conocimiento de la estructura de la mente, de su estatuto ontológico. De ahí que si el alma que conocía lo inmaterial demostraba ser ella misma inmaterial, quedaba asegurada su inmortalidad, cosa que negaban los abarroístas. En torno al tema del origen del conocimiento, la posición era divergente. Los agustinistas basaban el conocimiento de lo inteligible en el concepto agustiniano de iluminación. Los tomistas se apoyaban en el concepto más aristotélico de abstracción. En torno a la controversia entre los iluministas y abstraccionistas se debatían diferentes concepciones filosófico-teológicas que vamos a explicar en el próximo video. Vamos a examinar ejemplificando la postura iluminista en San Buenaventura.

y la abstraccionista en Santo Tomás. Ambos tratan de dar cuenta del modo como llegamos a conocer lo inteligible. Los inteligibles son conocimientos que en sí no están ligados a la materia, a la corporeidad, y que a pesar de todo sabemos que son ciertos. Los primeros principios de la lógica y los axiomas matemáticos pertenecen a este tipo. En el pensamiento griego, Platón da cuenta de nuestra capacidad para conocer lo inteligible por la presencia en nosotros de un recuerdo de las verdaderas ideas, modelos ejemplares de las cosas materiales tal como las vemos. Aristóteles, en cambio, opina que nada hay en el entendimiento que no hubiera pasado antes por los sentidos, que el alma al llegar al recuerdo es como una pizarra limpia que no trae nada escrito. San Buenaventura se adhiere a la tradición platónica mientras que Santo Tomás sigue la aristotélica. El núcleo del pensamiento epistemológico de San Buenaventura es que la mente está de algún modo en posesión de las razones eternas o ideas ejemplares de la vida. El lugar propio de estas razones hoy

La mente divina es la mente divina. Nosotros no vemos las ideas mismas, pues sería equivalente a ver a Dios, lo que en este mundo no es alcanzable. Pero gracias a una iluminación especial tenemos posesión de unas huellas o reflejos que operan como principios reguladores de nuestros juicios, posibilitando una certeza absoluta en lo tocante al conocimiento del alma y de Dios y una certeza relativa en lo tocante al conocimiento sensible. Distingue San Buenaventura la ciencia de la sabiduría. La ciencia tiene por objeto el conocimiento de lo sensible, de lo material. El proceso de este conocimiento es abstractivo. El entendimiento agente ilumina la imagen sensible, permitiendo extraer lo inteligible por mediación del entendimiento posible. Pero este esfuerzo de abstracción sólo es necesario con los objetos exteriores. Cuando el objeto es el alma misma o Dios, no es necesario el conocimiento sensible. Estos objetos están siempre presentes al entendimiento gracias a una sensibilidad. La ciencia es la luz interior en la que se expresan las razones eternas y la verdad natural. Estos conocimientos son inmediatamente accesibles.

innatos al hombre y en su reconocimiento por éste consiste la sabiduría. El problema está en que el hombre reconozca esa huella de las razones eternas impresas en el alma. El hombre después del pecado es ignorante y sólo por la fe y por un esfuerzo de la voluntad, ayudado por la iluminación de su entendimiento y por la gracia, es capaz de combatir las consecuencias de la falta y de recuperar los medios de conocimiento. El alma se interna por

la vía iluminativa que es una especie de ascensión en el conocimiento desde las criaturas al creador. El mundo nos puede llevar a Dios pues la verdad de las cosas consiste en un reflejo, una imitación de la primitiva y soberana verdad. Al conocer las cosas el alma iluminada conoce en ellas las razones eternas que sólo existen plenamente en el verbo divino. La doctrina de la iluminación cierra el círculo de la certeza. Si la iluminación procede de Dios cuyas razones eternas han sido los modelos de la creación, al conocer iluminadamente reconocemos en las cosas que son las que nos han creado. Esas razones divinas que sólo en Dios pueden estar. Dios es.

siempre lo primero conocido. San Buenaventura establece cuatro relaciones en el conocimiento del mundo como conocimiento de Dios, como vía de la sabiduría. La primera, todas las cosas son sombras con relación a Dios y a la idea o razones que de ella posee. Segundo, son también vestigios en cuanto Dios es su causa. Tercero, en el conocimiento del alma ésta se nos aparece como imagen de Dios en la medida en que la idea de un ser por sí está implicado como principio en todo conocimiento. Cuarto, por último, y por la gracia, el alma se nos aparece semejante a Dios, como ya había señalado San Agustín. Esta idea de Dios como lo primero conocido, no en el orden temporal, sino en el lógico, permite comprender que San Buenaventura acepte la prueba ontológica de San Anselmo. Si Dios está presente en todo conocimiento, es imposible pensar que no existe. La existencia de Dios, por ejemplo, es un objeto de la vida. La idea de Dios es un objeto de la vida. La idea de Dios, por tanto, es evidente. No piensa así Santo Tomás. Para él la existencia de Dios no es

es evidente. Si lo fuera, dice, no habría habido tantos que lo han negado o puesto en duda. Ahora bien, del hecho que no sea evidente no se desprende que no sea conocible. La existencia de Dios se puede demostrar a partir de la existencia de las cosas sensibles y Tomás lo demuestra a partir de sus cinco vías. Ninguna de estas vías es el argumento ontológico. Santo Tomás lo rechaza. Todas las vías ontomistas son vías a posteriori que parten del conocimiento sensible para terminar en la evidencia de un ser necesario, infinito, primer motor, ordenador del mundo al que todos llaman Dios. Santo Tomás adopta frente al augustinismo una posición paralela a la que adoptó Aristóteles frente a Platón. Si Aristóteles bajó del cielo platónico las ideas subsistentes y las incorporó a las cosas sensibles, Santo Tomás renuncia al atajo de la iluminación directa de las razones eternas y emprende el camino de la investigación de las causas. La razón humana ya no puede sentirse en la dulce ilusión de conocer las cosas en sus razones eternas, ni se ve consolada por la íntima presencia de la voz interior de Dios.

conocimiento parte para santo tomás como para aristóteles de la experiencia e incluso los conocimientos inteligibles se infieren a partir de los datos sensibles el intuicionismo y la unción casi mística de san buenaventura es sustituido por el paciente trabajo de estudio de inducción lógica por santo tomás frente al iluminismo agustiniano santo tomás acentúa la autonomía del conocimiento siguiendo fielmente la doctrina aristotélica el entendimiento no tiene noticia directa ni innata del universal puesto que santo tomás no admite la iluminación los universales en la concepción tomista pueden ser tomados en tres acepciones ante rem en la mente de dios como modelos ejemplares de la creación in re en la cosa misma como objeto creado según el modelo ejemplar y se refiere a la forma post rem en el conocimiento humano que siempre toma conocimiento del universal a partir de la experiencia sensible el proceso de conocimiento deberá explicar cómo el universal la forma puede ser utilizada

para la creación de la creación de la creación de la creación de la creación puede ser captada por el entendimiento ya hemos observado que al no hacer

Santo Tomás la doctrina de la iluminación, el conocimiento de lo inteligible, que es siempre una forma o un universal, no puede ser el conocimiento del universal anterrem, es decir, tal como se encuentra en la mente divina. Dicho conocimiento habrá de derivarse del universal in re, es decir, tal como está en la cosa sensible. Esta cosa sensible, según la teoría aristotélica que Santo Tomás hace suya, está constituida ontológicamente por la materia, principio potencial, y la forma, principio activo e inteligible que informa lo que está en potencia. Conocer será, pues, para los tomistas, hacer que el conocimiento se incorpore la forma del objeto, haciendo que actualice algo que está en potencia para cualquier forma connocible. Para ello, los sentidos, al ser afectados por el objeto, captan una imagen o especie sensible. En ella está la forma del objeto, pero rodeada aún de restos de materialidad. Es una imagen demasiado cercana a lo corpóreo y demasiado alejada de lo inteligible. El entendimiento ha de ejercer sobre este. La especie sensible.

su actividad abstractiva para liberar o extraer la especie inteligible o forma pura del objeto que puede informar al entendimiento entendido como potencia. En el entendimiento hay pues dos aspectos. El activo o entendimiento agente es el que realiza la operación de abstracción de la forma inteligible. El pasivo o entendimiento posible que está en potencia para cualquier forma es el que capta y de algún modo se apodera y conoce la forma o universal que estaba en la cosa. El universal in re pasa a ser así universal post rem. La doctrina de la abstracción al permitir el conocimiento de formas puras sin resto de materialidad hace innecesaria la hipótesis de la iluminación divina del entendimiento. Los iluministas objetarán que no es posible que el hombre ser corpóreo pueda sin ayuda divina conocer lo espiritual, lo inmaterial. Pero los tomistas harán notar que el entendimiento agente, aquel aspecto del entendimiento que se mostraba activo en el proceso económico, no es el que se puede hacer. El entendimiento agente es el que se puede hacer con el entendimiento agente. El entendimiento agente es el que se puede hacer con el conocimiento

intelectual es precisamente lo que dignifica al alma humana y le permitiría participar del destino de los seres inmateriales, es decir, de la inmortalidad. Y como la inmortalidad del alma es un dogma de fe, la teología viene así a reforzar una doctrina epistemológica de la más estricta observancia aristotélica. Ya hemos hecho notar al comienzo como bajo estos temas se debatían problemas teológicos de mayor envergadura. Al oponerse iluministas y astrocionistas en torno a la doctrina del conocimiento, lo que hacían no era encerzarse en una mera discusión teológica. Manejando las hipótesis más plausibles, en realidad buscaban la compresión de grandes temas, tales como la inmortalidad o la existencia de Dios, que inquietaban al hombre del momento. Y en esto actuaban como verdaderos filósofos, que tanto entonces como ahora buscan ahondar en los horizontes de nuestra existencia para penetrarlos más allá de toda fe con algo tan humano como la propia razón. Gracias por ver el video.

Gracias. Gracias.

Gracias. Gracias.

Gracias. Gracias.